

# El catatónico desamparo de lo humano; un acercamiento a la sociología de la violencia

José Luis Cisneros\*

Emilio Daniel Cunjama López\*\*

Durante las dos últimas décadas del siglo pasado y los primeros años transcurridos de este siglo, los mexicanos hemos sido testigos de profundos cambios, tanto en la escena nacional como internacional, primero asistimos a la caída de los violentos regímenes militares en América Latina y después a la de los regímenes totalitarios del bloque socialista. Sin embargo, a pesar del fin de esta violencia policiaca y militar desmedida, se prefiguró una nueva violencia estructural, marcada por la imposición de un orden económico y político que se colapsó en una crisis, crisis que no solamente se mostró en la esfera económica y política, sino también en una crisis de valores y modelos de regulación social, una crisis que fracturó la confianza y dio pie a una galopante corrupción, impunidad e injusticia.

**E**n fechas recientes se ha publicado en todos los medios de comunicación el aumento de la violencia en nuestro país. Las encuestas realizadas para medir los índices de violencia y la percepción de inseguridad han marcado un record espeluznante, como ejemplo podemos advertir las cifras arrojadas en la Encuesta Nacional Sobre Inseguridad 6, realizada por el Instituto Ciudadano de Estudios Sobre Inseguridad (ICESI), la cual muestra un incremento en el Índice Nacional de Inseguridad de 2.0 registrado en el

2007, a 2.5 para el año 2008. Sobre todo en los estados del norte de la República se ha marcado una tendencia a la alza en homicidios dolosos, tan sólo Chihuahua en el 2008 registró una tasa por cada 100 mil habitantes de 4.2, poco más que en todo Colombia, país que para el mismo año registró una tasa por cada 100 mil habitantes de 36.3<sup>1</sup>. “En toda la guerra de Afganistán, que lleva nueve años, se cuentan 20 mil muertos. En la falsa, y hasta hoy perdida, guerra contra el narco, de tres años, 8 meses, llevamos 25 mil muertos”<sup>2</sup>.

Ante esta debacle de nuestro país, el gobierno federal ha respondido con una serie de estrategias para frenar la escalada de violencia, algunas de sus acciones fueron: a) Impulsar una reforma constitucional en materia penal en la cual se reformaron 10 artículos, y se apuntaló un cambio estructural en el sistema de justicia penal de nuestro país; b) Incrementar el presupuesto a las policías y fuerzas armadas<sup>3</sup>; c) Impulsar la creación de nuevas leyes, como por ejemplo la Ley para Prevenir, Sancionar y Combatir el Delito de Secuestro; y d) Aumento en el número de las fuerzas policiales.

\* Profesor-Investigador. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Integrante del Área de Investigación, Educación, Cultura y Procesos Sociales. <cijl0637@correo.xoc.uam.mx>.

\*\*Investigador del Instituto Nacional de Ciencias Penales. <emilio.cunjama@inacipe.gob.mx>.

<sup>1</sup> Instituto Ciudadano de Estudios sobre Inseguridad, *Encuesta Nacional sobre Inseguridad 6*, 2009.

<sup>2</sup> Antonio Navalón, “México: el silencio de los corderos” en *El Universal*, 26 de julio de 2010.

<sup>3</sup> En 2007 se llegó a 128 mil 900 millones de gasto global, ¡182 por ciento más que en 1997! (Arturo Arango, “El costo del crimen”, *Poder y Negocios*, septiembre 2008. Cita extraída de *La ostentosa debilidad de las balas*, Pedro Peñaloza, México, 2010.

No obstante estas acciones, la ola de violencia sigue en aumento y no pareciera tener freno, pues como apunta Peñaloza:

Estos indicadores son la síntesis del reduccionismo con que funciona la lógica gubernamental, al utilizar solamente las variables de la órbita penal, se hace abstracción de la fenomenología social y económica, que como debiera saberse, es medular en el desenvolvimiento de los individuos, e influye en el contacto de estos con las normas jurídicas. Como se ve, el diseño oficial sigue atrapado en priorizar el combate a los efectos de la criminalidad<sup>4</sup>.

Es por ello la necesidad de atender la violencia y no el delito como lo ha hecho el Estado mexicano, para ello es necesario comprender la naturaleza social de las violencias y de este modo generar un marco contextual con el cual se muestre cómo en nuestro país se ha ido incrementado la violencia.

Este proceso nos ayudará a entender escenarios como los que se han ido vislumbrando recientemente en Ciudad Juárez, Sonora, Estado de México, etc. Este artículo tiene como finalidad el de discutir sobre las formas de la violencia desde la sociología, y apunta a reflexionar sobre la naturaleza de la violencia y sus diferentes manifestaciones bajo un contexto global y local de los diferentes procesos que la construyen.

## El escenario de la violencia

Durante las dos últimas décadas del siglo pasado y los primeros años transcurridos de este siglo, los mexicanos hemos sido testigos de profundos cambios, tanto en la escena nacional como internacional, primero asistimos a la caída de los violentos regímenes militares en América Latina, y después a la de los regímenes totalitarios del bloque socialista.

Sin embargo, a pesar del fin de esta violencia policiaca y militar desmedida, se prefiguró una nueva violencia estructural, marcada por la imposición de un orden económico y político que se colapsó en una crisis, crisis que no solamente se mostró en la esfera económica y política, sino también en una crisis de valores y modelos de regulación social, una crisis que fracturó la confianza y dio pie a una galopante corrupción, impunidad e injusticia.

<sup>4</sup> Pedro Peñaloza, *op. cit.*

En el plano nacional, la emergencia de una nueva dirección política del Estado por la sustitución del viejo partido oligárquico, y el fortalecimiento de una izquierda más de tendencia a la social democracia y la aparición de una nueva clase política emanada de la lucha social y de la filas del viejo partido gobernante, lejos de fortalecer el papel del Estado, éste se volvió el botín de nuevos grupos cuyo intereses partidistas y de grupo, acentuaron la ruptura de la capacidad estatal para garantizar la seguridad de los mexicanos y la integridad territorial. Con la sustitución de la dirección del partido oligárquico, México pasó de un Estado dictatorial a un Estado de negociación, y en este tránsito las fronteras de seguridad de los mexicanos se hicieron más inestables en todos sus órdenes, en su persona, en sus bienes y en sus emociones.

Bajo este contexto, muchos mexicanos han puesto en duda la eficiencia del papel del Estado, y junto con ello el futuro de los ciudadanos y el de las generaciones venideras, sobre todo porque la realidad que hoy se impone, se encuentra plagada de múltiples dificultades, a saber: desempleo, bajos salarios, bajos niveles de educación, dificultades para acceder a un sistema de salud eficiente, falta de acceso a los derechos fundamentales propios de un Estado de Derecho, pero sobre todo una desbordada violencia marcada por la creciente criminalidad que ha producido desconfianza en nuestras instituciones.

La ola de violencia que vivimos, al igual que muchos países, no sólo es una violencia individual sino también de carácter colectivo. A esta primera tipología, por decirlo así, podríamos agregar otras cuatro más: la violencia estructural, la violencia institucional, la violencia delictiva, y la violencia simbólica. Amén de todas sus expresiones, no importa cuál sea, se trata de una violencia que trasciende el tiempo y el espacio para instaurarse en lo más profundo de la cultura de un pueblo y convertirse en una amenaza, no sólo para el individuo, sino para la colectividad, simplemente porque las violencias a las que nos referimos son construcciones sociales.

Las estadísticas registradas por los medios de comunicación en nuestros días, se han vuelto un escaparate que nos muestra la expresión de una violencia cuya desmesura despliega en el imaginario colectivo nuevos horrores que no terminan con el solo acto de matar. Nos muestra la historia de una violencia cuya historia nunca termina; violencia física, violencia dirigida a un sujeto, es pues una violencia que extermina, que frustra esperanzas y que finca temores, una violencia que construye un imaginario del miedo y se nutre de la violencia que nos muestra una seguridad

engañoso. Ni qué hablar de las otras violencias, las que no se ven, las que se asimilan y se practican como expresión de nuestra cultura. No, de ninguna manera queremos discutir esta visión, queremos pensar la violencia desde su construcción y no desde su historia, lo cual sin duda es algo más complejo que el desarrollo de una simple idea, pensar la violencia desde la sociología; aún cuando queda claro que la violencia no posee una teoría propia capaz de ser explicada, por el contrario siempre será entendida e interpretada desde donde se mire.

En consecuencia lo que podemos afirmar es la existencia de un conjunto de técnicas y métodos de investigación desde donde la violencia se ha construido como objeto de estudio, y con ello el despliegue de muchos aprendizajes asociados a intercambios y diferentes interpretaciones. De ahí que el objetivo de estas líneas sea presentar una reflexión de la violencia y su modo de interpretación desde la sociología, es decir desde lo social, en tanto lo social es el resultado de una construcción de las interacciones establecidas por el hombre, y en consecuencia, la explicación y el sentido que adquiere la violencia que obedece a una problemática social. La violencia desde esta perspectiva tendrá que ser vista como un proceso social cuyos acontecimientos sociales subyacen a la historia misma del sujeto, quien a lo largo de su historia ha fomentado diversas formas de organización social, y con ello el uso de la libertad y el desarrollo para ejercer la violencia.

Por tal razón la historia de la violencia, al igual que la historia del hombre, también se ha convertido en una obsesión que busca dar respuestas no a las transformaciones del hombre en su devenir histórico, sino al sentido de las formas del comportamiento tanto individual como colectivo, que se constituyen en las formas básicas de una práctica social de la violencia.

No obstante, lo social no se constituye en un objeto preestablecido que pueda abordarse de manera consciente para producir conocimiento sobre él, por el contrario, su definición es solidaria con ciertas formas de pensamiento mediante las cuales los hombres intentan dar cuenta de su propia existencia, de sus mitos, religiones, filosofías, tratados morales, conflictos y tensiones a través de determinadas teorizaciones; sin embargo todas, sin distinción, apuntan a legitimar un orden establecido y a proporcionar un conocimiento sobre él<sup>5</sup>. Algo similar ocurre con la violencia, en la medida que ésta siempre estará definida por el punto

de vista de quien la interprete, o bien por la posición de la víctima o el victimario, o desde las diferentes disciplinas que han hecho de la violencia un campo de estudio.

La violencia, como comportamiento exclusivo de lo humano, se ha expresado a través de oposiciones dicotómicas tales como: las nuevas y las viejas formas de violencia, la física y la simbólica, la legítima y la ilegítima, la manifiesta y la latente. En fin, todas ellas se han constituido en un núcleo de ideas caracterizadas por formas variadas de explicación; sin embargo lo más importante en términos del pensamiento sociológico, es que este conjunto de ideas, en su recorrido, ha generado preocupación en su significado, su razón y su presencia en los actos de lo humano.

Es así que existen numerosos estudios que describen minuciosamente muchas manifestaciones y actos de violencia a lo largo de la historia del hombre en sociedad, hechos que se acumulan pero que no han bastado para encontrar una explicación contundente que dote de sentido a la preocupación por el conocimiento de las raíces de la violencia social, de sus causas, de sus consecuencias y de sus efectos en el otro. Sin duda, ciencias como la medicina, la antropología física, la biología y hasta la etología han tomado gran interés por el estudio de la violencia; no obstante, estos cuerpos de conocimientos han producido teorías reduccionistas y peligrosas, con las que se ha tratado de justificar grandes atrocidades respecto a los grupos minoritarios o desposeídos de poder.

De manera esquemática y en razón de tener una idea clara de estos estudios, Alfredo Tecla demarca en su *Antropología de la violencia* una clasificación de las dos grandes corrientes que han abordado la violencia, a saber:

- 1) Las teorías reduccionistas que explican la violencia como algo innato, en donde ubica a: las teorías genéticas, la paleoantropología, la teoría del simio asesino y la agresividad atávica; la etología, la sociobiología y la válvula de escape de Lorenz; la teoría de la ambivalencia de la agresión de Fromm; la teoría del instinto tanático, los inicios de la antropología criminal, los estudios de Malinowski, la violencia y la antropología de cultura y personalidad; y, el cerebro y las hormonas en juego de la violencia.
- 2) Las teorías sociales que conciben a la violencia como algo adquirido. En este rubro ubica a: la nueva criminología, la teoría de las guerras, teoría del conflicto militar, antropología de la violencia y la psicología social.

En el primer rubro podemos observar la gran influencia de las "Ciencias Duras" como forma metodológica para en-

<sup>5</sup> Jean-Michel Berthelot, *La construcción de la sociología*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

contrar una explicación del origen de la violencia, algunas de ellas fueron inspiradas por los descubrimientos que Charles Darwin arrojó en 1859 sobre la evolución de las especies. El positivismo que adoptó el método de las ciencias naturales influyó en los trabajos sobre violencia. Los estudios sobre genética también cumplieron un papel importante para explicar las diferencias en el comportamiento humano y sirvieron como una herramienta científica para justificar la “supuesta” superioridad de las clases dominantes.

Autores como Desmond Morris y su teoría sobre *la válvula de escape* que más tarde refinó Konrad Lorenz; Murray y su tesis de *la curva de la campana*, y *la lucha por la existencia* de Malthus, fueron algunas que al intentar explicar la violencia inspiraron la ideología de la raza superior. La importancia del coeficiente intelectual como indicador de la riqueza del individuo, la idea de que la violencia se ubicaba en los genes, todas ellas teorías justificadoras del racismo y clasismo de los grupos poderosos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. No podemos olvidar a los autores de la criminología positivista como Cesare Lombroso, Rafael Garófalo y Enrico Ferri, que construyeron una tipología del delincuente en la cual se describía como punto de partida al delincuente nato, además del intento que realizaron por identificar a los criminales por sus rasgos físicos.

En el segundo rubro tuvieron resonancia las aportaciones de Max Weber, Karl Marx, Lenin, Giuseppe Amara, José Sanmartín, Adrian Raine, y en México Alfredo Tecla y Santiago Genovés. Estos autores no observaron el problema de la violencia como una estructura congénita, y aunque hay diferencia en sus acepciones, fundamentalmente le atribuyen su génesis a la ideología, las estructuras de poder y el dominio.

Pero ante todo esto: ¿Qué respuestas han encontrado las ciencias sociales y en especial la sociología en el estudio de la violencia? ¿Tenemos que conformarnos con describir lo real cuando este fenómeno social adopta la cara repulsiva del desamparo humano? Recordemos que la sociedad es hija de la historia y los hombres son sus actores, en consecuencia pensar el papel que ha tenido la violencia social en la evolución e historia de la humanidad no es sólo querer aprender su sentido y lo que se pone en juego en su devenir, por el contrario, se busca construir dimensiones epistemológicas, cuyo conocimiento se encuentre asociado a las ideas y los hechos, con el propósito de caer en la denuncia y la lucha contra el interés estatal y el control social a favor de las preocupaciones humanas<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> *Idem.*

Recordemos cómo desde tiempos muy tempranos, tanto la filosofía como la historia y la sociología, se iniciaron en el análisis del fenómeno de la violencia, lo que dio lugar a muchas descripciones, las cuales sin saberlo estaban constituyendo los primeros frutos de un conocimiento científico social de la violencia; tal sería el caso de Augusto Comte, pasando por Voltaire, Montesquieu, Giambattista Vico, Saint-Simon y Alexis de Tocqueville que, entre otros, pusieron atención tanto en el comportamiento como en las acciones del hombre, en sus formas de organización y en la creación de sus instituciones. Posteriormente con el legado de Durkheim y sus maravillosas obras *La división del trabajo social* y *El Suicidio*, el estudio del comportamiento social adquirió otro significado.

Tenemos que aclarar que no propiamente estos teóricos de la sociología despliegan un discurso articulado como hoy lo conocemos del fenómeno de la violencia, por el contrario, son pioneros en poner atención al estudio de las tensiones y conflictos entre los hombres cuyas acciones se encuentra cargadas de violencia de unos contra los otros. Todos ellos cuentan de manera detallada y precisa la historia de los diversos momentos y comportamientos que han formado la historia violenta de los hombres. Las aportaciones de estos pensadores a las ciencias sociales, se han constituido en un conjunto de métodos, procedimientos de registro y categorizaciones que han servido no sólo a la sociología; por el contrario, abrieron camino a otras disciplinas y ciencias para el estudio del comportamiento humano.

Así apareció Marx, cuyo pensamiento influyó profundamente en la conceptualización del conflicto y su explicación de las relaciones sociales orientada por la dominación de unos sobre otros. Posteriormente el abono de Max Weber en términos de la acción social, así como los aportes de Georg Simmel al entendimiento de la importancia que adquiere la interacción social, sólo por mencionar algunos de los tantos que han dado luz argumentativa en el camino de la construcción de un conocimiento social del hombre en general y de la violencia como comportamiento adquirido en particular. Siguiendo estas referencias, los autores demuestran cómo lo social es el resultado de la domesticación, pero también del desborde, de la violencia regulada por un conjunto de instituciones sociales.

En consecuencia, lejos de pretender encontrar una respuesta general a las múltiples manifestaciones de la violencia, lo que pretendemos con esta reflexión, es ofrecer desde una visión sociológica, un instrumento que nos posibilite distinguir los componentes del círculo perverso

de la violencia social. Para ello ofrecemos una discusión y análisis desde un ángulo poco discutido, el cual nos ofrece un arsenal de información e ideas argumentativas con relación a las causas y orígenes de la violencia. Sin embargo, no se trata de manifestarse a favor de uno o de otro, mucho menos utilizarlos como mecanismo de explicación de un problema que no sólo es local sino que posee múltiples aristas. Es un fenómeno que se ha venido observando con mucha mayor frecuencia y detenimiento durante las últimas décadas en las grandes ciudades del mundo. Un fenómeno que se percibe cotidianamente en el incremento de la delincuencia, así como en la aparición de nuevos fenómenos desencadenados por el uso excesivo de la violencia en todas sus expresiones.

## Definiendo la violencia

La palabra alemana *Gewalt*, abarca un campo semántico más amplio que el término violencia, pues expresa a la vez poder de Estado y violencia individual. Esta palabra traducida al inglés sería *Violence and Power* y al francés *Violence et pouvoir*. Por su parte, la palabra compuesta *Galtung/strukturelle Gewalt*, significa violencia estructural y personal; no obstante, la psicología se ha empeñado en interpretar la violencia como la expresión de una agresión, es pues según K Lorenz, el resultado personal de la manifestación de una frustración. Por su parte, J. Dollard ha insistido que es el resultado de una socialización. Sin embargo, cualquiera que sea el punto de vista con el que se pretende interpretar a la violencia, hay que admitir que no se puede dar una sola razón, debido a que existen teorías que tienden a demostrar la interdependencia de las normas que permiten la violencia física, y de las que imponen la violencia social<sup>7</sup>.

En este sentido, al examinar el término de violencia, uno puede destacar su contenido polisémico, del cual se desprende la existencia de diversos discursos que en la práctica se han construido en torno de sus múltiples dimensiones, dando lugar así a una variedad de tipologías. Si a ello agregamos que el sentido de violencia se encuentra atravesado por una gran variedad de campos disciplinarios, entenderemos la existencia de tantas interpretaciones, y la razón por la cual sus discursos tienden a ser fragmentados y apolíticos<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Gisela Lossef-Tillmanns, *Los medios de comunicación y la violencia*, Políticas Sociales en Europa, núm. 1, Hacer, Barcelona, 1997

<sup>8</sup> Rosa del Olmo, *Ciudades duras y violencia urbana*, Nueva Sociedad, núm. 167, Caracas, Venezuela, 2000.

El conjunto de estas características ha impedido, por un lado, digámoslo así, el desarrollo de una teoría general de la violencia. Por el otro, comprender que la noción de violencia se convierte así, en un concepto propiamente político, lo cual empeora la dificultad para intentar definirla con precisión, en la medida en que es producto de una compleja combinación de dimensiones que incluye los contenidos que la generan.

En consecuencia, es una noción empleada indistintamente para enunciar un conjunto de hechos y situaciones completamente heterogéneas que parecieran no tener ninguna conexión entre sí. Por ejemplo, lo mismo implicaría un intercambio agresivo de palabras, que un escrupuloso homicidio o el fraude de un cheque sin fondos. Es pues, un término vago y abierto a todo abuso lingüístico con el que se han formulado tantas definiciones, como manifestaciones posibles puede tener. De ahí que ella puede ser clasificada según la persona que la sufre: mujeres, niños, ancianos, discapacitados, homosexuales, etc. O bien según su naturaleza, la cual puede ser física, psicológica o sexual. También según los motivos, los cuales pueden ser políticos, raciales o culturales, o bien, según el lugar donde ocurre, como pudiera ser en una casa, en el trabajo, la calle o la escuela. Ahora bien, si a esta clasificación agregamos que la violencia posee actores, formas y móviles, entonces uno puede deducir su multicausalidad. Más aún, si agregamos que cada una de estas clasificaciones tiende a ser construida en escenarios sociales, entendemos por que también suele hablarse de violencia política, violencia económica, violencia social, violencia intrafamiliar, violencia laboral, etcétera<sup>9</sup>.

No obstante la diversidad de interpretaciones desde las cuales se puede definir la violencia, se puede deducir que lo peculiar de todas estas acepciones es que pueden actuar interrelacionadamente, con lo cual su comprensión se complica y a su vez, proliferan otras interpretaciones dadas en torno al sentido y significado que pueda adquirir la violencia.

Sin embargo, es necesario definir dos conceptos que casi siempre han sido utilizados indistintamente, pero que contraen nociones diferentes que nos ayudan a entender la violencia, a saber: agresión y violencia.

Para ello, es necesario resaltar que los descubrimientos sobre el genoma motivaron innumerables investigaciones sobre la violencia, argumentando de esta forma que la estructura genética no solo explicaba los rasgos fenotípicos sino también el comportamiento humano. Si bien el con-

<sup>9</sup> *Idem.*

cepto de *gen* es una construcción científica, la aplicación de este concepto para explicar el comportamiento humano ha devenido en argumentos “ideológicos” y no considera que el entorno social influya de manera importante en la conducta violenta.

[El reduccionismo biológico tomó como estandarte la idea de que] el código genético no se limita a explicar el mecanismo de la herencia en cuanto a rasgos físicos como el color de la piel, de los ojos o la estatura, sino también el comportamiento y la inteligencia. [Por tanto] la violencia es inevitable e innata, y está programada en nuestros genes... [Esta idea] ha servido para justificar la guerra y la violencia contra los pobres y los menos aptos... [De esta forma] la genética es un instrumento ideologizado con estatus de científico, que sirve para explicar las desigualdades en torno a la pobreza-riqueza, el poder y la inteligencia<sup>10</sup>.

Sin duda, la estructura de nuestro cerebro nos diferencia de las demás especies animales. Desde que nos encontramos en el vientre de la madre nuestro cerebro reacciona de manera instantánea a los estímulos maternos de acuerdo a sustancias químicas que produce por sus emociones, estas sustancias químicas como las endorfinas y las catecolaminas preparan al individuo para reaccionar ante diferentes estímulos exteriores, pero las maneras en que se acciona a dichos estímulos son aprendidas socialmente.

Pensemos en dos sujetos de nacionalidades diferentes, que como cualquier ser humano están capacitados biológicamente para reaccionar ante los estímulos exteriores; uno con ideología machista propia de su entorno social-cultural; el otro de mente abierta y con una concepción clara de la liberación femenina. Estos dos sujetos se presentan ante una misma situación: Un día su pareja llega con la noticia que ha encontrado un empleo que les ayudará en su situación económica; el sujeto de ideología liberal reaccionará con entusiasmo, segregará cierta cantidad de sustancias químicas que le provocarán placer al escuchar la noticia, su reacción posiblemente será abrazar a su pareja y felicitarla; en el segundo sujeto la misma acción será canalizada de distinta forma, propia de sus valores socialmente aprendidos, pues al escuchar la noticia segregará cierto grado de sustancias químicas que le despertarán enojo y su reacción puede o no desencadenar en un episodio de violencia.

<sup>10</sup> Alfredo Tecla, *Antropología de la violencia*, Taller Abierto, México, 1995, p. 9.

Si bien la situación es la misma, y la capacidad biológica también lo es, sin embargo, los códigos de sociabilidad de pareja, los valores aprendidos y la visión de vida son distintos y desencadenan reacciones biológicas diferentes. De este modo sabemos que el entorno social ha preñado de valores, normas y creencias a los individuos que les ocasiona un proceso biológico diferente ante un mismo estímulo; sin embargo la situación es aún más compleja, pues aunque el sujeto con características conservadoras y no permisivas en el desarrollo laboral de la mujer segregue sustancias químicas como las catecolaminas o serotoninas, puede o no recurrir a la violencia para resolver su estado emocional. Esto depende también de los valores individuales y los socialmente adquiridos. Si consideramos que los conceptos y valores son construidos socialmente y que la respuesta bioquímica ante ciertas circunstancias externas está condicionada por elementos sociales y culturales, podemos afirmar que la génesis de la violencia, la criminalidad, la inteligencia y la pobreza no se encuentran en la estructura genética.

El funcionamiento biológico de las emociones está condicionado por el sistema social y cultural. El cuerpo humano se encuentra capacitado biológicamente para desencadenar procesos bioquímicos que pueden resultar en acciones extremas y diversas que corresponden a la conservación, protección, etc., por ejemplo pensemos en un sujeto que se enfrenta ante el proceso bioquímico inspirado por un momento de alarma o de peligro, el cuerpo comienza a segregar adrenalina y lo pone en un estado de alerta preparándolo (los cabellos de todo el cuerpo se erizan, los músculos se tensan, se acelera la presión arterial y los sentidos se agudizan) para efectuar dos caminos que lo llevarán a salir del peligro; la primera es la huida y la segunda es el enfrentamiento, estos procesos son motivados por una serie de reacciones biológicas para sobrevivir.

En segundo término es necesario advertir que los procesos bioquímicos no sólo responden a los estímulos internos sino también a los externos (medio social), además los valores adquiridos, principalmente por el grupo social al que pertenece, mantienen un papel importante en la forma de manejar este proceso biológico, por ejemplo para decidir si se huye o se lucha. Este proceso de sobrevivencia se le ha denominado agresión y tiene características distintas a la violencia.

Es así que podemos afirmar que el ser humano está constituido biológicamente de tal forma que puede realizar los actos más crueles que podamos pensar; sin embargo, para que esto ocurra su medio social es determinante,



pues es quien establece las condiciones necesarias para que los procesos biológicos se desencadenen en actos atroces. De alguna forma el actuar del ser humano, atroz o no atroz, es relativo, pues la concepción del bien y el mal está establecida por la cosmovisión de cada cultura. Es así que “es científicamente incorrecto decir que la guerra u otro comportamiento violento está genéticamente programado en nuestro ser”<sup>11</sup>.

Ahora bien, si la violencia no es innata, entonces ¿desde cuándo podemos hablar de violencia? No se puede hablar de violencia sino hasta la revolución agrícola, que se caracterizó por la domesticación de algunos animales y por supuesto la invención de la agricultura. En este proceso el hombre comienza a resaltar las diferencias producidas por la cantidad de recursos que poseen, pues también con esta revolución se empieza a considerar la pertenencia de los territorios que generan alimentos, la inequitativa producción como resultado de la fertilidad de las tierras, la variabilidad del clima, la inteligencia, la administración y el trabajo. De este modo, también comienzan a existir distintas creaciones culturales, pues el tiempo de trabajo es menor que cuando la subsistencia se centraba en la caza y la recolección.

En ese momento nacen, de manera desigual, los grandes imperios, las grandes religiones, las grandes ciudades. También los grandes ejércitos y los no menos grandes contra-ejércitos... nace la teoría de la apropiación, el “tú tienes y yo no tengo”... nace, hay que decirlo, el gran vuelo cultural del hombre. [Pero también] la violencia generalizada e institucionalizada<sup>12</sup>.

De esta forma, la violencia se establece como parte de la cultura y por tanto exclusiva del ser humano, la violencia se establece como fruto de la diferencia de ideas entre los seres humanos, y motivadas por la desigualdad. Recordemos que el hombre desde su existencia ha tenido que establecer relaciones sociales para llevar a cabo su producción y reproducción, pero ya entrada la revolución agrícola se acentúan la desigualdad, las diferencias y contradicciones en las relaciones sociales (división del trabajo y cooperación), en los niveles de posesión (quién tiene más-quién tiene menos) y en las formas culturales (religión, organización social, formas de convivencia, etc.)

<sup>11</sup> “Declaración sobre la violencia” en Santiago Genovés, El cuento de la violencia, CONACYT, México, 1992, p. 43.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 29 y 39.

Si bien antes de la invención de la agricultura existía cierto grado de agresión, por ejemplo al cazar los animales que los alimentaban, no es posible hablar de violencia pues estas acciones forman parte de la cadena alimenticia, se mata para vivir, formando una especie de cooperación para la subsistencia y preservación de la especie, y no por contradicciones o diferencias culturales e ideológicas. Además, si en algún momento en la prehistoria existió la rivalidad entre el hombre, no existen datos científicos que demuestren rasgos de violencia. Pues así, agresión y violencia no significan lo mismo; la primera tiene dos acepciones; agresión colérica y agresión instrumental. La colérica tiene un estado emocional negativo y persigue causar daño, es una forma perversa y maligna de actuar (relacionada con la violencia). La segunda está privada de emociones negativas y en ella predomina el cálculo, su objetivo no es causar daño, la agresión es un medio para otro objetivo, como es el caso de la defensa y la sobrevivencia, digamos una acción con fuerza, con firmeza para proteger los intereses vitales.

Con la violencia deviene forzosamente una contradicción antagónica, y es en la revolución agrícola que se establecen estas contradicciones, pues conforme se desarrollaron más excedentes, también se manifestó una estratificación social, se desplegó una jerarquía en la toma de decisiones, se configuraron grupos dominantes y opositores, se rebasaron las diferencias y se establecieron contradicciones antagónicas.

Las diferencias que existían en los pueblos primitivos antes de la invención de la agricultura tales como encuentros y combates, pudieron contener contradicciones, pero no contradicciones antagónicas; en cambio, en las contradicciones antagónicas se mantiene siempre una diferencia y desigualdad que solo terminará con la aniquilación de una de sus partes. Las relaciones sociales que son contrarias antagónicamente, utilizan la fuerza destructiva para resolver la contradicción, pues como son antagónicas, uno de los elementos contrarios tendrá por fuerza que desaparecer, en cambio, en las relaciones sociales con diferencias y contradicciones, no antagónicas, no es necesario que uno de los elementos desaparezca, pues sólo son diferentes, contrarios pero no antagónicos.

La violencia entonces es una fuerza destructiva que resuelve las contradicciones antagónicas, una conducta motivada por cuestiones sociales e ideológicas. Es necesario diferenciar dos tipos de violencia: la institucional y la individual. El primer tipo es la que surge del Estado, pues él la institucionaliza, la media y en el momento que la utiliza la legítima. Cuando nace el Estado la sociedad se priva de

su libertad, con el fin de que se le provea de seguridad, tanto física como material. El Estado también formula una normatividad jurídica con la cual normaliza la conducta del individuo y a través de sus instituciones como la policía y la milicia la hacen efectiva; en un afán de conservar el poder y ejercicio de la autoridad el Estado recurre a la violencia, pero una violencia legalizada. De esta forma la violencia llega a todos los ámbitos de la sociedad, la escuela, el trabajo, la familia, en sí, a todos los recovecos de la vida cotidiana. El Estado es también quien promueve las guerras con fines de conquista, saqueo, invasión, sólo que justificadas por discursos de paz, y justicia. En este caso observamos claramente cómo la violencia auspiciada por el Estado es legal y en cierto momento enaltecida; así, un hombre que ha matado a miles de personas en nombre de su país se convierte en héroe y no en criminal.

De igual forma la violencia institucional es organizada socialmente, de tal manera que los grandes mandos no ejercen la violencia directamente pues tienen miles de cuadrillas que sirven para ello, las personas con alto rango sólo mandan, organizan y dirigen, y los escuadrones ejecutan. La tecnología juega un papel importante en el incremento de la violencia institucional, pues a mayor tecnología mayor número de muertes. Recordemos cómo la invención del arma de fuego potencializó las muertes, la lucha cuerpo a cuerpo dejó de ser efectiva para abrirle paso a la muerte a larga distancia, el valor y la destreza de los combates cuerpo a cuerpo mengua para poner énfasis en el cálculo, el conocimiento y la informática.

También la religión ha tomado un papel importante en la institucionalización de la violencia, reflexionemos en la simple idea de un Dios todopoderoso que castiga la desobediencia, expulsa de su reino a los que no están de acuerdo con él y ejerce violencia para hacer notar su desobediencia. Recordemos que la religión ha justificado guerras en nombre de un pueblo elegido, la lucha contra los paganos y los herejes, la guerra de las cruzadas es un ejemplo de ello, la evangelización de los conquistadores en América, etc. La Santa Inquisición en la Edad Media configuraba el escuadrón militar de la Iglesia, un grupo armado para defender y contrarrestar los pensamientos antagónicos. En nuestros días, aunque la situación ha cambiado, la violencia de la Iglesia subsiste tan sólo por el hecho de mantener la idea de un Dios todopoderoso que castiga el mal y bendice el bien. La violencia ha sido una forma de mantener la fe religiosa, una violencia sutil que debilita los antagonismos; desde luego que en consonancia de nuestro momento histórico, la Iglesia ha renunciado a las espadas y dagas y

ha retomado el miedo, la fe y el castigo divino como armas para mantener su poder.

En la actualidad los medios de comunicación de masas han tomado una posición galardonada en el desarrollo y difusión de la violencia, pues la han tomado como una mercancía que vende más que cualquier otra cosa, como ejemplo tenemos los programas de espectáculos que enfrentan a personas en discusiones burdas para que desaten episodios de violencia, el cine y sus eventos violentos también han hecho de la violencia un gran campo de dinero, por ejemplo, las películas de acción, en donde el bueno (protagonista) se convierte en héroe matando a diestra y siniestra personas malas (antagonistas) con gran lujo.

## Interpretación social de la violencia

La realidad social ha tomado por asalto a los modelos contruidos para explicar un fenómeno que es propio de la sociedad y se oculta bajo la máscara que cubre el rostro de la violencia social. Violencia que se ha vuelto sinónimo de una realidad que ha emprendido una vertiginosa carrera que intensifica sus propias contradicciones.

El escenario de una sociedad con tales características vive problemas relacionados con conflictos armados, delincuencia, narcotráfico, corrupción y la lucha por el poder político entre grupos o partidos; estas contradicciones han adquirido una dimensión global, sin embargo las interpretaciones expuestas por aquellos científicos sociales dedicados al estudio de la violencia no se han cansado de insistir que la razón de tal comportamiento en la sociedad tiene viejas causas: la dependencia, el subdesarrollo, la pobreza, la marginación, el racismo y la sobreexplotación, es decir, una estructura social que genera violencia. Desde esta perspectiva la violencia sólo puede ser leída como aquel efecto múltiple que gravita en el espacio de la condición económica, política y cultural, que incluso ha llegado a adquirir dimensiones morales producto de la crisis del malestar del individuo en la sociedad, con esa sustancia antagónica que la caracteriza.

El conjunto de las interpretaciones vertidas desde este ángulo, se encuentra anclado a la correlación del paradigma violencia-hombre, violencia-sociedad. En consecuencia un abordaje desde esta perspectiva presupone comprender que muchos de los esfuerzos por buscar respuesta al fenómeno de la violencia parten del basamento conceptual de cultura, en la medida en que ésta adquiere importancia, dado que de ella se determina la forma de interacción entre los sujetos y su entorno. Esta tesis nos permite comprender aquellos



juicios que afirman que la razón última de toda manifestación y causa de violencia se encuentra ligada al desarrollo social. De ahí, que no sea extraño admitir que la mayoría de los ejes de argumentación a favor de la explicación de la violencia se encuentren basados en la pobreza, la marginación, el abuso del poder, la corrupción y la impunidad.

Así, las diferentes interpretaciones que se han constituido en torno del fenómeno de la violencia social y los múltiples esfuerzos aislados que se han atrevido a buscar una respuesta, han dado lugar a una amplia tipología de nociones de la violencia que guarda una estrecha concordancia con las condiciones históricas en las que se diseña la interpretación. Estas interpretaciones podrían ser conceptualizadas desde tres dimensiones; la primera como aquel proceso no explícito, es decir una violencia histórica o estructural, tal sería el caso como lo hemos mencionado de la pobreza o la marginación. Ambas formas catalogadas como manifestaciones tradicionales de violencia. Estos estudios, en su mayoría, parten de una concepción cultural fronteriza cuyo bajo desarrollo social se encuentra ligado al denominado modelo de explicación de la violencia estructural. La segunda está dada por la percepción de aquella acción directamente observable en un sujeto o en un grupo de sujetos, cuyos actos son expresados como el sinónimo de una violencia real, abierta, cínica y depravada, que da como consecuencia el maltrato físico o la muerte. La tercera es una concepción mucho más amplia contenida por la acción cultural, es decir, de la expresión de una violencia oculta y simbólica que sirve para justificar y legitimar los ductos de las redes diseñadas por las otras dos dimensiones anteriores, las cuales en conjunto conforman una relación de causa efecto<sup>13</sup>.

En consecuencia, la violencia es vista como una de las vías primordiales para la construcción social de una realidad que habitualmente es reconocida por los sujetos como una fantasía dada por el mercado de consumo y por una ficción de la modernidad, la cual en muchas ocasiones juega un papel de mayor importancia que la misma realidad e incluso desde la frontera de esta ficción, es donde el Estado usualmente justifica la violencia a la que recurre persuadiendo a la población de la justicia de sus acciones.

Una violencia producto de un sistema social selectivo, que diseña y forma una serie de mecanismos institucionalizados a través de los cuales se logra un proceso de control social, sometimiento y exclusión. Así, la gente de hoy vive inmersa en diversos campos de violencia cotidiana; violencia generada por el tránsito automovilístico, de hombres y mu-

jes, de jefes y subordinados, de fuertes y débiles. Violencia que nos conduce cada vez más a encerrarnos en sí mismos y a enseñarnos que quienes la imponen y la controlan, obtienen beneficios personales en la medida en que la violencia no sólo produce marginación, exclusión y fragmentación, sino que también integra a los sujetos mediante el uso y la socialización de su práctica. Esta perspectiva nos permite comprender entonces que el sistema de estructura social es violento, pues expulsa de los beneficios sociales a un gran porcentaje de los miembros de una sociedad.

Otra interpretación derivada de este discurso, es aquella cuyo basamento de explicación pondera la dimensión de la vida cotidiana, de forma tal que la socialización de una práctica de la violencia puede ser entendida en la medida en que forma parte también de una representación social, expresada en el ejercicio de configuración de un *Habitus*, según Bourdieu. El cual adquiere un proceso doble de objetivación y anclaje, que nos permite comprender la manera en que los hombres en sociedad representan sus relaciones entre sí y con el mundo en el que vive. Relaciones que dan cuenta de una cultura y de un mundo simbólico que se explica como una lengua a través de la cual se expresa el poder y las formas en las que se integran las redes de relaciones sociales que establecen los sujetos.

Así, la violencia desde esta perspectiva adquiere la capacidad de imponerse a cada sujeto bajo formas y prácticas simbólicas interiorizadas por medio de una cultura subjetiva, que es compartida y reproducida de manera colectiva a través de las actividades, prácticas, conductas, pensamientos y juicios que forman parte de un orden cultural constitutivo de lo real y de la organización social. En consecuencia, la violencia es parte ineludible de una realidad material que se confabula con un campo de acción cultural, donde sus manifestaciones particulares y diferencias, son comprendidas como una forma de vida que se hace sentir por donde quiera mediante un lenguaje caracterizado por formas, ideas, conceptos, categorías o prácticas, las cuales se expresan en sentimientos colectivos socialmente ligados a emociones de diversa índole, los cuales se manifiestan por la falta de participación de espacios culturales, sociales y políticos basados en la exclusión.

El hombre es entonces un sujeto encerrado en sí mismo, es el resultado de agudas y lacerantes injusticias y desigualdades marcadas por un desmoronamiento social de la vida pública y el florecimiento del individuo y el retorno a la vida privada. Del predominio de logros personales, la supresión del espacio colectivo y la aceleración de los tiempos históricos, la proliferación de los *no lugares* y los

<sup>13</sup> Brajterman, 1995.

espacios del anonimato, la emergencia de nuevas reglas de exclusión desde los espacios urbanos y finalmente el triunfo de la comunicación a distancia y los trazos electrónicos en los que se anida la violencia por la ejecución de un constante y abierto consumo de ésta, por la búsqueda de un placer por el placer mismo<sup>14</sup>.

Violencia producto de las grandes agencias de socialización, dadas por la industria de la radio, del cine, de la prensa, que lejos de construir diques contra la violencia, la estimula. Sobre todo porque muchos de estos medios de comunicación antes eran lejanos para determinados grupos de la sociedad, hoy sin embargo, son compartidos y asimilados por todos y para todos, casi de manera instantánea, lo que los convierte en el referente filosófico de millones de niños, jóvenes y adultos que se encuentran hoy condenados al ocio y al desempleo, prueba de ello es la hoy famosa generación *Nini*, conformada por jóvenes desafiados de toda institución.

Como podemos observar, una visión desde esta perspectiva parte del supuesto de la explicación de la violencia entendida como una de las expresiones de la acción directa del sujeto, es decir, de aquellos hechos clasificados, o tipificados por quienes tienen la posibilidad de narrar la percepción de tales acontecimientos. De ahí que no sea extraño encontrarnos con muchos escritos de naturaleza descriptiva, los cuales puedan ser catalogados como un inventario de aquellas percepciones agrupadas cuantitativamente de las acciones catalogadas como violentas, que lo único que logran es elevar el grado de intensidad de las situaciones que atemorizan a los sujetos; un ejemplo claro serían las abundantes descripciones producto del narcotráfico, los índices de robos de vehículos, asaltos, violaciones, homicidios, secuestros, etc., que las autoridades y los medios de comunicación masiva se han encargado fervientemente de socializar día a día como prueba de su “buen trabajo” como garantía de ganancia frente a la supuesta “Guerra contra la delincuencia”.

## Interpretar la violencia

La experiencia cotidiana del uso y la práctica de la violencia de todos los que habitamos las grandes urbes, se encuentra reforzada por el desarrollo tecnológico emprendido por los medios masivos de comunicación. Este desarrollo tecnológico ha logrado una transformación en la percepción tradicional

que comúnmente se tenía de los actos de violencia, e incluso hoy responde a las necesidades de los propios consumidores, lo que crea una influencia recíproca entre actitudes y la formación de un imaginario social de la violencia.

En consecuencia, nos encontramos frente a una percepción distinta de aquellas acciones y acontecimientos catalogados como atroces hasta hace apenas unas cuantas décadas atrás, por dos razones que consideramos fundamentales; la primera, estaría en el hecho de admitir que la difusión de imágenes “impúdicas” por la prensa, era un acto no común, dado el control y la moral que los diarios mantenían en una sociedad como la nuestra.

Por ejemplo, desde sus inicios la prensa se encargó de registrar y señalar aquellos acontecimientos violentos que marcaron el rumbo de la historia, el caso más típico es aquella imagen que muestra la amputación de la pierna de un soldado combatiente en la guerra del 47, hasta el cadáver de Maximiliano, pasando por las magníficas fotografías de la guerra de castas; todas estas imágenes en conjunto prefiguraron elementos que invocarían constantemente la relación entre historia-fotografía y violencia. Imágenes que en el discurso de la configuración de la paz y el progreso de una historia como la nuestra retrataban la violencia, la sinrazón, la fealdad y el mal; en los incipientes medios de comunicación masiva, particularmente en la prensa<sup>15</sup>.

La segunda, estaría en el hecho de reconocer que con la incorporación de los medios electrónicos, y la reorientación de ciertos valores, dados por una nueva ética de mercado, posibilitaron el crecimiento de un público cada vez más amplio y variado, donde la difusión de estas imágenes, se convertirían en una mercancía, cada vez más atractiva, que obligó a romper los límites de lo que se exponía en las primeras planas de ciertos diarios.

El idioma de la nota roja, tremendista por necesidad, cargado de epítetos truculentos, es la aproximación más conocida a la descripción de los hechos, de manera tal que las imágenes provenientes de la nota roja y las pasarelas de cadáveres y criminales vueltos show, sustituyen cualquier tipo de razonamiento, por la expresión de: “pavorosos asaltos, crímenes monstruosos, delincuentes satánicos y horripilantes encuentros macabros.” Esta perversa fascinación por las grotescas imágenes de la nota roja exorciza mediante su morbo la violencia, ubicándola como un suceso remoto. De hecho al incorporarla como espectáculo en los medios de comunicación, el morbo adquiere el estatuto

<sup>14</sup> Mabel Piccini, “Acerca de la comunicación en las grandes ciudades” en *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 9, dic., vol. 5, México, 1996.

<sup>15</sup> Ricardo Montfort Pérez, *Yerba, goma y polvo: drogas, ambientes y policías en México, 1900-1940*, Era / INAH, México, 2000.

de una técnica terapéutica que nos cubre y nos aleja de la violencia. Actúa, digámoslo así, de manera inversa como lo hace el chisme, pues éste nos incorpora a la intimidad ajena, mientras que el morbo los aleja de la desgracia de los acontecimientos. En consecuencia, la condena a la violencia, “hija bastarda de la televisión”, es tema recurrente en los medios informativos<sup>16,17</sup>.

La audiencia de hoy de los medios de comunicación es, por decirlo así compleja, pues se encuentra conformada de receptores muy distintos, algunos interesados en lo eróticamente macabro de sus imágenes, sus encabezados y sus alucinantes crónicas. Otros, en la percepción de sus ideas, y finalmente, aquellos que sólo se nutren de ellas, como una mera práctica de su profesión<sup>18</sup>. En este sentido, la construcción social de un imaginario de la violencia en la ciudad, definida y difundida por los medios de comunicación, ha propiciado en buena medida determinados tipos de comportamiento y tensión en las relaciones sociales de la ciudad. Así, los diferentes grados de intensidad de la violencia y los esfuerzos por tratar de explicar, diferenciar y comparar las diversas acciones que propiciaron los comportamientos violentos, han generado diversas reflexiones con el propósito de crear instrumentos para medir y diferenciar los tipos de violencia desde una escala objetiva y subjetiva de su intensidad.

Debemos subrayar que muchas de estas reflexiones provienen de disciplinas como la biología, la teología, la fisiología, la medicina, la psicología, la antropología, la filosofía, la criminología y la sociología. Estas disciplinas han generado innumerable literatura, la cual puede clasificarse a grosso modo en dos matrices para su análisis: La primera, alimentada por ensayistas que insisten en construir y definir a la violencia desde descripciones y narraciones de acontecimientos, desde los cuales se hace una descripción catastrofista y amarillista de la violencia en la ciudad. Dentro de este grupo destacamos los estudios estadísticos que se encargan de registrar e identificar los actos violentos. Esta perspectiva nos ofrece un conocimiento incompleto y parcial de la violencia. La segunda matriz de análisis, está

<sup>16</sup> “Si no hay sangre, no hay foto”. Dicho entre fotógrafos de nota roja, México (Horst Kurnitzky, *Globalización de la violencia*, Colibrí, México, 2000, p. 37).

<sup>17</sup> Carlos Monsiváis, “La política del melodrama” en *Clarín*, 2000. Consultado el 25 de junio de 2005 <[www.clarin.com](http://www.clarin.com)>.

<sup>18</sup> Una de las principales atribuciones que trae consigo la nota roja, es la contribución al registro histórico de la violencia urbana que trajo la modernización. Sin embargo, los fotógrafos de prensa, ansiosos de publicar a como dé lugar, suelen apoltronarse en los ministerios públicos, anfiteatros, hospitales, etc. De ahí, que no sea extraño que hoy sean catalogados como los buitres de la desgracia y el dolor humano.

centrada en una serie de interpretaciones sobre los actos de violencia y los factores intermedios que propician y modifican la acción de la violencia. Este tipo de estudios ofrece una reflexión un tanto más profunda en la medida en que crea conceptos desde enfoques teóricos concretos. En conjunto estas dos grandes perspectivas de interpretación, preocupadas por buscar una respuesta a la violencia social urbana; lejos de hacer claro el horizonte para brindar posibles soluciones, han multiplicado la multitud de interpretaciones.

## Violencia urbana

La cuestión de la violencia en un espacio urbano, como el de la ciudad de México, se nos muestra como una paradoja, dado que se asocia, por un lado, al repudio público en contra de la violencia y su dramatización. Por el otro, a un incremento constante de la demanda de estas imágenes, las cuales poseen una gran proyección mediática, respecto del imaginario social de estos acontecimientos, que fluyen, vía las imágenes cinematográficas y la televisión, producto de una creciente cultura generalizada que expresa los contenidos de la violencia, que al mismo tiempo parece ser que nadie es capaz de darse cuenta de los efectos y las consecuencias que éstas tienen en la población que las consume.

Así, el repudio de la violencia, y su dramatización es producto de la experiencia personal y de su transformación en determinismo de una concepción melodramática, encausada por los discursos, reportajes, análisis académicos y relatos personales en torno de acontecimientos ocurridos. De esta visión se desprende una imagen de ciudad indefensa, acorralada en un callejón que aguarda la puñalada terminal. Una ciudad cuyas metáforas folletinescas extinguen interminablemente a las víctimas y divulgan la existencia de nuevos crímenes expresados en un lenguaje melodramático que se impone sobre las versiones objetivas. Una versión melodramática de la violencia que desdichadamente se convierte en algo real, intangible y omnipotente que hace inútil la voluntad de actuar o intervenir cívicamente. En este sentido el repudio a la violencia y su visión melodramática construye y facilita la asimilación de un paisaje trágico<sup>19</sup>.

Otro argumento a favor de la paradoja antes mencionada, radica en reconocer que a nadie cabe duda que estamos frente a una serie de acontecimientos, que se vuelven un obstáculo para la construcción de los vínculos de sociabilidad, debido a que se presentan como límites fronterizos que

<sup>19</sup> Monsiváis, *op. cit.*

causan ruptura, entre la confianza y credibilidad depositada en la responsabilidad de las autoridades públicas; tal sería el caso de la constante difusión de la corrupción policíaca y judicial. En este sentido el problema de la violencia urbana no es privativo solo de una megalópolis como la nuestra, pues su desarrollo voraz amenaza también a ciudades como Nueva York, Tokio, Sao Paulo, Bangladesh, Bangkok, Osaka, Los Ángeles, Londres, Berlín, etcétera.

Las imágenes de la violencia volcadas en la cotidianidad de los actos de quienes habitan la ciudad, se asumen como acontecimientos trágicos dibujados o nublados por el velo del horror que nos acechan. De manera tal que la violencia modifica los ritmos y el comportamiento de la vida urbana, la cual se rige por la representación de una victimología pueril, donde las personas anochecen con alivio de sobrevivientes y amanecen convertidos en víctimas en potencia. Dichas imágenes construyen estereotipos de algunos espacios o regiones, catalogados como más violentos, en un contexto global, son espacios percibidos como profecías exterminadoras a corto plazo, de todo aquello que nutre los escenarios del pavor. Colonias, barrios, callejones, avenidas y bajo puentes, son contemplados como espacios cuya realidad cotidiana se dibuja de manera trágica por el horror que los acecha, lugares concebidos como el refugio de ladrones de automóviles o de asaltantes. Lugares cuya distribución de tareas e intercambio de productos del robo conforman complejas macroindustrias del despojo, en fin son lugares que se afirman y se divulgan por lo escalofriante de sus dramáticas historias difundidas<sup>20</sup>.

El predominio de estos acontecimientos violentos pudiera estar producido por el mismo orden político y por la falta de estrategias de contención. Sin embargo, también podría admitirse que la violencia ha sido históricamente un elemento decisivo en la formación de la sociedad, de manera tal que la domesticación de ésta, así como la limitada aceptación sublimada en las diferentes dimensiones culturales de la civilización, han sido consideradas como un elemento fundamental de la constitución del sujeto en la sociedad<sup>21</sup>.

Lo fragmentado de estos acontecimientos violentos de la ciudad, edifican las condiciones para una representación social de la violencia interiorizada en cada uno de los que

habitamos la ciudad, expresada tanto en la comunión como en las experiencias personales vertidas e intercambiadas tanto por el ritmo del rumor, como de la escenificación de sus acontecimientos que propician en buena medida, una percepción fragmentada de la violencia.

Una violencia que se impone a la ciudad por el temor a sus calles, las cuales terminan cercadas por cientos de miles de toneladas de rejas que las vuelven un campo minado en el que proliferan cientos de compañías de seguridad privada.

Esta falta de estrategias de contención contra la violencia, o mejor dicho, la falta de una perspectiva explícita que diluya este tipo de acciones, podría ser atribuida a la incapacidad propia de cada uno de los actores de esta ciudad, para evitar un abismo social en el que gravitamos, y nos aferramos a querer encontrar una respuesta, ante un horizonte lleno de claroscuros. Un horizonte que se configura desde la lectura de un mundo binario, cuyos polos, aparentemente antagónicos, son el resultado de las caras de una misma moneda. En otras palabras, el fenómeno de la violencia no es un problema de unos cuantos, es un problema de todos en la medida en que la interacción de violencia aparece como una forma extrema de supervivencia relacional, es por decirlo así una relación paradójica en la que sólo se puede vivir con otro a condición de destruirlo.

Desde esta perspectiva nos surgen los siguientes cuestionamientos: ¿Cómo debemos leer el problema de la violencia? Como un signo del destino y de lo inevitable, o como la respuesta de un fenómeno individual, o bien porque no pensar que la respuesta pudiera estar en la esfera de lo intrapsíquico, o quizá tenga un basamento bioquímico. O definitivamente la respuesta se encuentra en la expresión ritualizada y diferenciada de la cultura de un pueblo. La verdad es que no creemos que ninguna de estas afirmaciones sea la correcta, dado que el fenómeno de la violencia no es un problema unidimensional ni unidireccional; por el contrario es un problema multidimensional y de alta complejidad que en algunos periodos de la historia del hombre y en desarrollo de su vida cotidiana suele ser de utilidad para resolver conflictos.

Estos juicios lejos de acotarnos el horizonte para comprender la complejidad del problema nos desbordan de sus límites y nos muestran la dificultad metodológica para definirla, dadas las diversas variables que la constituyen. Sin embargo, de manera obligada uno tiene que preguntarse: ¿Cuales serían aquellos mecanismos de contención capaces de dar solución a los acontecimientos crecientes de violencia, que manipulan y conforman la imagen de una ciudad como la nuestra? Más aún, ¿cómo saber cuál sería la teoría más convincente para tratar de describir la atrocidad de sus

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>21</sup> Es importante subrayar que el sentido de la violencia es un término propiamente ambiguo, pues su significado se establece a través de procesos políticos. Así los tipos de hechos que se clasifican, varían de acuerdo a quien suministra la definición y a quien tiene mayores recursos para definir y hacer que se aplique su decisión (Rosa del Olmo, *Los rostros de la violencia*, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, 1975, p. 296).

propios acontecimientos, tratando de mantener un margen de objetividad alejado de la influencia de los relatos que manipulan en buena medida la visión y el discurso que uno configura de la violencia en la ciudad? En otras palabras, como arribar a una explicación o emprender un ejercicio de interpretación objetiva de estos relatos, de manera tal que permitan desarrollar una teoría general de la violencia.

## Anotaciones finales

La violencia no tiene sus raíces en el hombre y ha sido por medio de las instituciones que se incubó para convertirse en una violencia individual y colectiva que se ejerce en la vida cotidiana, en sus prácticas más ordinarias; en la familia, en la escuela, en el trabajo, con la pareja, pero también ejercida por las propias instituciones.

Sin duda es necesario seguir insistiendo en las formas por las cuales se ha construido la violencia, puesto que algunos razonamientos científicistas han hecho de este fenómeno social un problema irreparable. Traer a debate y apuntalar las razones sociales de la violencia invita a considerar la situación actual que vive nuestro país, y enfatizar que la criminalidad tiene que ver menos con el delito que con la injusticia social, es decir, la criminalidad se anida en las grandes desigualdades sociales que aquejan en nuestra sociedad y no sólo en la infracción a la norma penal y mucho menos en razones biológicas.

Por tanto, bien podemos afirmar que la violencia es una espiral que tiene un efecto de bumerán que regresa al punto de partida, sobre todo cuando desgraciadamente hemos podido observar que la violencia ha mostrado cambios en sus modalidades y un incremento en su intensidad. Bajo esa dinámica hemos logrado una suerte de vacuna que ha permitido una domesticación, una familiarización de las diferentes expresiones o dimensiones de la violencia.

Esta multidimensionalidad de la violencia, se ve alimentada por la fragmentación social, la desocupación, y los estallidos sociales, que a su vez encuentra respuesta en la represión y detención ilegal de sus actores, así como en la imposición exteriorizada de una cultura dominante, que hace gala y muestra maestría en el manejo de la comunicación de masas, que despersonaliza al sujeto y masifica sus actos, canaliza estereotipos y manipula la realidad.

La mayoría de las modernas sociedades en general, reemplazan sus sistemas de valores orientándolos hacia la reproducción y adaptación de una cultura específica por principios universales que definen tendencias, cambios en la evolución, y no-organización, integración y estabilidad.

Sin diferenciarse entre sociedades del primer mundo y del tercer mundo. Pues éstas se encuentran saturadas de violencia, violencia instituida y violencia insurgente, individual y colectiva, moral e intelectual, física y psicológica, en fin, toda una gama de diversos tipos y calidades no concebidas en los tiempos pasados.

Dicho de otra manera, la violencia tiene raíces profundas en la sociedad. Pues ésta se acrecienta y se agudiza en determinados períodos del desarrollo social; sin embargo, en una época como en la que vivimos, de crisis económicas, de crisis de identidades, y paradójicamente, a la vez de crecimiento, la violencia encuentra una dimensión precisa para su desarrollo.

Época en que muchos valores e instituciones se liquidan o languidecen y otros van brotando. La caída de la cortina de hierro, el fin de la guerra fría, el desmantelamiento del muro de Berlín y la aparición de un nuevo orden mundial, ha impactado de forma tal en la cotidianidad de los actores sociales que se han registrado los más profundos cambios, a tal grado que la escala valorativa ha sufrido reinterpretaciones, que en buena medida han propiciado manifestaciones diferenciadas de violencia, y junto con ello, han acrecentado la diferenciación social que permite contemplar una cada vez más sociedad violenta, simbólica y real, donde todas las estrategias de sobrevivencia de los amplios sectores que viven en el umbral de la pobreza son más afectados.

Desde luego, ante todo esto, lo que está en el banquillo de discusión son entonces las manifestaciones de la desintegración social y el desquiciamiento universal de la violencia que adquiere formas legítimas de actuación encubiertas en las nuevas redes de organización social, que pone en entre dicho la legitimidad de instituciones como la familia, la escuela, y particularmente instituciones totalitarias como la cárcel, y la policía, que fueron creadas y estructuradas históricamente para “asegurar” el principio de un pacto social, de una justicia, de una equidad entre el castigo y la pena. Así, el hombre cae en un juego implacable en que aparentemente no encuentra un escudo protector contra este fenómeno que transfigura cualquier acto de actividad integradora en conductas desintegradoras, que lo llevan al cambio de estructuras existentes a fin de adecuarlas al propósito último de la rentabilidad de las falsas conciencias, de las necesidades creadas. Simplemente porque la violencia en general es ruptura y continuidad, depende desde dónde se mire, pues algunos la contemplan como un acto cruel y depravado, pero para otros, ésta sólo guarda una relación directa con el principio de la competitividad y con la meta neoliberal de la persistente búsqueda de la autorregulación del mercado.



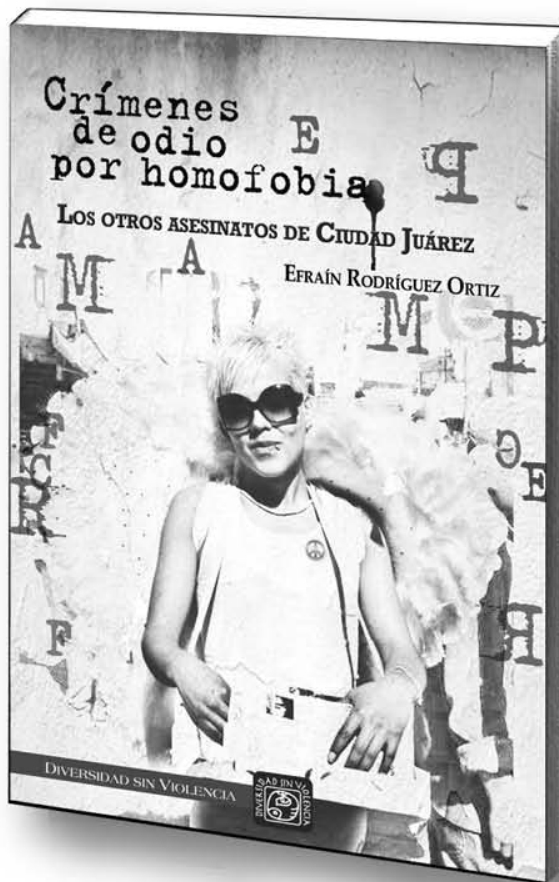
# Crímenes de odio por homofobia

## Los otros asesinatos de Ciudad Juárez\*

Sergio G. Sánchez Díaz\*\*

Es éste un libro que aborda la problemática de los crímenes por homofobia en Ciudad Juárez, es decir, estudia una parte de los crímenes que en esa ciudad tienen lugar, no sólo los feminicidios, o los asesinatos masivos. En ese panorama sangriento, también se asesina a “los otros”, a los homosexuales.

Este libro refleja una gran preocupación sobre el problema de la homofobia en nuestras sociedades en general, y en Ciudad Juárez en particular. El autor, con gran conocimiento sobre el tema, explora el problema en sus diversas aristas: en lo teórico y, lo más importante e inquietante, en sus manifestaciones en Ciudad Juárez, cuestión ésta que, hasta ahora, no había sido desarrollada.



En el primer capítulo, “Poniéndonos de acuerdo”, aborda la definición de conceptos que van a ser centrales en su investigación: crimen, homofobia, homosexualidad. Se adentra en ellos, los define, se apoya en literatura especializada sobre estas cuestiones.

En el segundo capítulo: “La construcción social de la homofobia”, el autor, Efraín Rodríguez, se aproxima al problema aún más, centrándose en cómo es que se ha construido socialmente el odio hacia los distintos, los homosexuales en este caso. El autor expone cómo se ha presentado la homofobia a lo largo de los siglos. Explora concepciones diversas, como las del cristianismo, se remonta a diferentes corrientes filosóficas, observa la influencia de la Iglesia Católica, analiza diversas concepciones llenas de intolerancia, las cuales encuentra en América Latina y México. Llega a analizar el problema en la literatura en esta parte del mundo.

En el tercer capítulo, “Los otros asesinatos en Ciudad Juárez. Ver, oír, callar y tratar de no saber”, el autor aborda el problema de la homofobia en Ciudad Juárez. Lo construye a partir de información hemerográfica y a partir de información empírica. Elude ver a los homófobos como monstruos. Los explica por el peso de la ideología cargada de odio hacia los diferentes

que existe en este lugar. Expone cómo este tipo de crimen existe en la ciudad, y no se puede eludir.

Este libro, desde su erudición, desde la exposición profunda de un conjunto de ideas intolerantes que permean en el mundo, en la historia, en América Latina y México, y en Ciudad Juárez, es un documento que debe ser leído.

\* Rodríguez Ortiz, Efraín. *Crímenes de odio por homofobia. Los otros asesinatos de Ciudad Juárez*. México: UAM-Iztapalapa / CIESAS / CONACYT / UTEP / Ed. Eón, 2010, 208 pp.

\*\* Profesor-Investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), sede Distrito Federal. Profesor externo de la UAM-Iztapalapa.